

Al Congreso del Partido Comunista de Alemania
Clara Zetkin
¿marzo-abril?, 1924

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[To the Congress of the German Communist Party](#)”, en [Clara Zetkin Archive – MIA](#), que reproduce de : [The Communist International](#), número 3, páginas 75-94 en su “[The New Series](#)” (1924-1926), serie que, en los dos años, publicó en total 23 números sin datar. La sección del MIA informa: “Órgano del Comité Ejecutivo de la [Internacional Comunista](#), edición en inglés. Esta nueva serie comienza con un número en memoria de Lenin inmediatamente después de su muerte. Los números no están fechados. Se dice que los 4 primeros son editados por Zinóviev y Radek, después no se informa de ningún editor.” El congreso del KPD se celebró en Fráncfort y Offenbach del 10 al 14 de mayo de 1924. Teniendo en cuenta que Lenin fallece el 21 de enero de 1924 el lector puede datar aproximadamente por ahora el número 3 en marzo-abril)

Queridos compañeros,

Deseaba mucho ir a nuestro congreso del partido y participar en sus trabajos. Desgraciadamente, el estado de mi salud me impide satisfacer mis deseos. Esto me apena mucho, pues soy consciente de la enorme importancia nacional e internacional de este congreso. Permitidme, pues, expresaros mi opinión por escrito.

Todos estamos de acuerdo en que nuestro congreso sólo será útil para el futuro inmediato si investiga y arroja luz sobre los “acontecimientos de octubre”. Para cumplir esta tarea debe destruir la leyenda, que se ha convertido en algo tan rígido como un dogma y en la que muchos creen, a saber: que la “retirada de octubre” no era en absoluto inevitable y que no fue causada por circunstancias concretas. Según esta teoría, la lucha por la toma del poder puede retomarse en cualquier momento y bajo cualquier circunstancia, y en este caso se vio obstaculizada por una mala dirección, encarnada en el fomento de la política del frente unido por parte del camarada Brandler. Esto no sólo condujo a grandes errores, sino que es en sí mismo un gran error que, si no se previene, conducirá a la liquidación, no sólo del Partido Comunista De Alemania, sino de la propia Internacional Comunista. Los “acontecimientos de octubre” alemanes lo han dejado perfectamente claro.

Camaradas, sin el menor temor a contradecirme, declaro que esta teoría es más que falsa: es peligrosa. Nubla la visión de los grandes y absorbentes problemas que se nos plantean, así como las debilidades y los defectos del partido que se revelaron en la “retirada de octubre”.

La investigación crítica de los “acontecimientos de octubre” implica algo más que la estimación de la táctica del frente único. Se trata de la cuestión de la organización, la preparación y la realización de la revuelta armada. En esto, la táctica del frente único es un detalle importante, pero no es el punto más importante y decisivo. Con su actitud, el Partido Comunista de Alemania fracasó en el cumplimiento de la tarea que tenía ante sí. El retroceso de octubre no fue el resultado de la táctica del frente único, sino más bien el resultado de la incapacidad política, de la debilidad organizativa, del curso de la historia, del estado de desarrollo y falta de experiencia del partido en la dirección de la lucha revolucionaria. Por arriba y por abajo, por la derecha y por la izquierda, todos en el partido comparten los errores y las debilidades que se pusieron de manifiesto.

Desde mayo, como consecuencia de la ocupación del Ruhr, la situación revolucionaria se agudizó cada vez más, y fuimos testigos de la creciente conciencia de

un número cada vez mayor de proletarios explotados y de pequeños y medianos burgueses expropiados. Las movilizaciones por los salarios, las huelgas, el paro, las manifestaciones contra el hambre, el saqueo de tiendas y campos, todo indicaba el temperamento revolucionario de las masas, del mismo modo que los pequeños y grandes géiseres de las regiones volcánicas indican los fuegos furiosos que arden bajo la superficie. El estado de ánimo revolucionario de las masas no tenía todavía ningún contenido ni objetivo político. Seguía siendo elemental, instintivo, y no tenía una clara conciencia revolucionaria, una voluntad convencida o una audaz disposición a la lucha. La tarea del partido comunista era darle lo que le faltaba.

El partido carecía de capacidad para aprovechar la situación. Era incapaz de llevar adelante una política que lo colocara en la posición de líder en una campaña planificada en estrecho contacto con las masas rebeldes, su conciencia y su voluntad, para la toma del poder. No entendía cómo convertir cada grito de dolor arrancado a las masas explotadas en el grito *Carthago delenda est*: la dominación de clase de la burguesía debe ser derrocada por la dictadura del proletariado. Estaba dominado por la convicción de que la “lucha final” debía iniciarse con una batalla violenta y decisiva inmediata. Para él el comienzo era lo que realmente es, el punto culminante de una cadena de luchas parciales; y para este brillante comienzo deseaba reservar toda su fuerza revolucionaria de masas. No se comportó como un líder político audaz, seguro de su objetivo y dirección. Tardó en formar y poner bajo su dirección centros poderosos y organizados al margen de sus propias filas para la acción revolucionaria de masas. En lugar de ampliar y concentrar el movimiento de los comités de empresa y darle un objetivo político definido en la lucha, dejó que el movimiento se diluyera. En otras palabras, la situación exigía dar a los comités de fábrica las funciones de los consejos obreros políticos, es decir, crear consejos obreros y campesinos revolucionarios. En una frase, la actitud del partido durante este período de crecimiento del temperamento revolucionario de las masas, era cualquier cosa menos política.

Para el partido, la lección de Clausewitz de que “la guerra es la continuación de la política con otros medios” se perdió por completo. Esta lección se aplica con mayor fuerza en la guerra civil que en la guerra ordinaria. En la guerra civil, la acción de las masas, la lucha de las masas, la voluntad y la determinación revolucionarias, la inspiración y la abnegación deben sustituir con frecuencia a la técnica militar. Sin embargo, el partido, como resultado de su política, no preparó a las masas para un levantamiento armado. Las *centurias* [Proletarischen Hundertschaften] no sirvieron de sustituto. Este órgano del frente único, en lo esencial, no significó más que un desfile militar del temperamento revolucionario de las masas. El partido no hizo nada para vincular las centurias con la lucha de masas del proletariado. Permaneció hundido hasta las orejas en la superstición de que la preparación militar entusiasta y extenuante en el último momento de la revolución le garantizaría al proletariado la victoria en la lucha y la posibilidad de alcanzar el poder.

Camaradas, el mayor error cometido por el partido fue no aprovechar el valioso estado de ánimo revolucionario de las masas. La huelga contra Cuno lo demuestra claramente, y también que el partido no se había convertido aún en el partido de clase dirigente del proletariado. Cuno cayó sin la presión de las masas, sin el establecimiento de un gobierno obrero¹; por supuesto, no se podía pensar en la dictadura del proletariado. Las masas se tragaron el gabinete Stressemann-Hilferding-Sollman. Los trucos financieros de Hilferding incluso hicieron que se suavizara la situación. Sin que ninguna protesta poderosa lo impidiera, el caniche socialdemócrata del Reichstag presentó las dos

¹ El lector puede ver en esta misma serie “[El gobierno de los trabajadores](#)”.

Leyes de Emergencia a los gestores de los negocios de la burguesía. El socialdemócrata Ebert envió a su general Mueller con su Reichswehr a Sajonia, y sus medios de transporte no fueron interferidos en lo más mínimo. Esto evidencia otro acto de omisión de nuestro partido al no haber realizado ningún trabajo entre los ferroviarios para movilizar una fuerza política para el levantamiento armado y al no haber organizado un puesto auxiliar entre ellos.

A pesar de todo, el partido imaginó que bajo su dirección la mayoría del proletariado se levantaría a la lucha revolucionaria. La mayoría del partido imaginó que mediante una hábil utilización de los antagonismos y las tendencias a la escisión entre la socialdemocracia, al menos ganaría a los obreros socialdemócratas “de izquierda” y a los obreros sin partido que simpatizaban con ellos, para la “batalla final”. Nuestra “izquierda” comunista, mirando la cosa con ojos de odio al frente único, veía la posición mucho más clara y correcta. Sin embargo, se dejaron engañar por las ilusiones de la acción de marzo, es decir, que el partido puede, sin las masas, entrar con éxito en conflictos defensivos y ofensivos. Creían que su audaz levantamiento por la dictadura proletaria debía servir, como el cuerno mágico de Merlín, de señal irresistible para la revuelta revolucionaria de las masas. En la sagrada creencia de que había llegado la gran hora histórica, el partido desplegó febriles esfuerzos organizativos y militares. Es natural que en esto cometiera una serie de graves errores, pero mucho más grave que todo esto, fue el hecho de que el partido había olvidado los fundamentos de la lucha revolucionaria por el poder, es decir, una amplia actividad política para imbuir a las más amplias masas de trabajadores de la urgencia de esa lucha y para agruparlas en torno a la bandera del comunismo. Cuando la batalla se hizo inminente, el partido se encontró solo, aislado de las masas.

En vistas del plan fascista de rodear Berlín por el norte y el sur, parecía que la posición geográfica y la estructura social de Sajonia y Turingia harían posible que el proletariado revolucionario de esos lugares rompiera con éxito la resistencia de la contrarrevolución. Pero la “Alemania media roja” como piedra angular de una “Alemania revolucionaria”, la importancia política de Berlín como centro de la maquinaria burguesa de gobierno, y la importancia económica de las grandes ciudades a lo largo de las rutas fluviales, en los centros industriales de Silesia y del sur de Alemania, incluyendo el norte de Baviera y particularmente el distrito del Rin-Ruhr, fueron muy ignoradas. Fue un error del partido apostar tanto por Sajonia y Turingia. La causa de ello fue, sin duda, la exagerada estimación de la extensión y la firmeza del frente único proletario, y en relación con ello estuvo el otro error: el llamado “experimento de Sajonia”, del que el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista es, en parte, culpable.

En las circunstancias que entonces prevalecían, este experimento no debería haberse realizado. Era el resultado de un acuerdo entre los dirigentes del partido de dos tendencias, y no el punto culminante de un movimiento revolucionario de masas unificado. Se consideraba que se había logrado lo que aún no se había logrado: la unificación de la voluntad de las masas revolucionarias y la preparación para la batalla bajo la dirección del partido comunista. Tal como estaba la situación en Sajonia, este “camino al poder”² debía ser claramente el erróneo. Estaba claro de antemano que toda la burguesía consideraría la entrada de los comunistas en el gobierno de Sajonia como un acto de provocación. No se trataría simplemente de una cuestión de constitución para Sajonia, sino de una verdadera cuestión de poder para toda Alemania, como una cuestión que afectaba a su propia dominación de clase. Su obediente Stattholter Ebert sólo conocía una respuesta a esta provocación, a saber: la Reichswehr. El proletariado alemán estaba muy lejos de considerar el “experimento sajón” como su propio asunto de clase. Ni

² El lector puede ver en este mismo sello *El camino del poder* de Karl Kautsky.

siquiera la conciencia de clase de las masas obreras de Sajonia estaba suficientemente desarrollada para ello.

Nuestro partido hizo muy poco, casi nada, para vincular en la mente de las masas proletarias de Alemania el significado político del “experimento sajón” con el levantamiento armado. Sus mejores fuerzas estaban apasionadamente absorbidas por los preparativos técnicos. El partido había dejado de presentarse abiertamente ante las masas como su líder político y de llevar adelante una política comunista de conjunto del Reich. No veía otra cosa más que el experimento sajón, y eso sólo a nivel local, y no lo consideraba como una política de movilización de las masas. Así, el experimento de Sajonia no pasó de ser un *entreacto* parlamentario, y terminó con la expulsión del ministro comunista del gobierno por parte de la Reichswehr³ a causa de la constitución rota, con el acompañamiento de la música de los desfiles fascistas. No fue una etapa victoriosa en la toma del poder por el proletariado que avanza.

Vemos, pues, camaradas, que el colapso del “experimento Sajonia” no fue el resultado lógico de la táctica del frente único, sino que fue causado por las circunstancias indicadas. ¿Quién de nosotros negará que se han cometido errores, y errores muy graves? Me he ocupado por separado de la actitud del ministro comunista ante el acuerdo socialista con la Casa de Wettin. Y, sin embargo, nuestros camaradas del gobierno sajón no fueron ni idiotas llenos de ilusiones ni cobardes traidores a la lucha de clases, como los ha calificado la creciente “izquierda” comunista. En mi opinión, hicieron bien en aprovechar el regateo de un puesto importante para asegurarse un arma escenificando discusiones melodramáticas con los Zeigner sobre el armamento del proletariado. Es cierto que subrayaron el carácter “constitucional” del gobierno. Con ello ayudaron a las masas a ver el verdadero valor de la democracia y a comprender el carácter de papel de la constitución, las ayudaron a liberarse de las supersticiones democráticas y a encontrar el camino para salir del redil socialdemócrata y entrar en el campo del luchador comunista revolucionario. En mi opinión, el error cometido por nuestros camaradas es que en su actividad en el gobierno no hicieron suficiente hincapié en el aspecto socioeconómico. Precisamente desde este ángulo, el carácter proletario comunista del “experimento” no fue una fanfarria que anunciara la apertura de la batalla por la conquista del poder convertida, necesariamente, en una chamiza. Camaradas, no hay ciertamente uno entre vosotros que no haya considerado la “retirada de octubre” con la más profunda amargura interior. Demasiado gris y frío nos cayó este acontecimiento en la primavera de nuestras esperanzas en una lucha revolucionaria victoriosa para la vanguardia proletaria de Alemania. Pero en lugar de la esperanza de un avance decisivo tuvimos una retirada sin lucha, una retirada sin retaguardia. El partido se había equivocado tanto en la estimación de su influencia sobre las masas no comunistas y, en consecuencia, en la relación de fuerzas entre la revolución y la contrarrevolución, que no previó la retirada y no hizo preparativos para ninguna acción de cobertura. Sin embargo, investiguemos el acontecimiento con un juicio sobrio y no con el calor de la pasión. Debemos admitir entonces que esta retirada era una necesidad absoluta, y que su realización fue política deliberada del partido. En su intento de conquistar el poder político, el partido comunista se mantuvo en un “espléndido aislamiento”, no comprendido, no apoyado y abandonado por las amplias masas obreras. Su entrada en la lucha por el poder no fue la señal para el levantamiento armado de las masas, sino simplemente para algunos conflictos militares locales aislados entre las unidades comunistas y la Reichswehr. ¿Cómo terminó? Con la disolución del partido, escuadrón tras escuadrón, y la supresión del proletariado revolucionario en Sajonia y Turingia.

³ “Defensa Imperial”, fuerzas armadas alemanas entre 1919 y 1935.

Ante el sueño irrealizado del partido de instaurar una dictadura proletaria, realmente se muestra más valentía en la “retirada de octubre” que en la teoría del todo o nada, de que el propio partido asuma la lucha. El camarada Brandler reveló este mayor valor y ha prestado un servicio a nuestro partido y al proletariado alemán. Fue una frivolidad y una estupidez imperdonables⁴ creer que el partido comunista, aislado de las masas y con el mero ejemplo de lanzarse a la batalla, podía suscitar la voluntad revolucionaria de lucha entre la mayor parte del proletariado.

Mientras el partido se preparaba para la revuelta armada, y mientras la Reichswehr en Sajonia, y más tarde en Turingia, destruía con furia húngara el ídolo de barro de la democracia, no hubo ni un solo levantamiento proletario espontáneo, ni siquiera una débil manifestación de solidaridad. La tolerancia de la dictadura militar de Seekt y el avance triunfal del fascismo demostraron que los obreros ya no estaban dispuestos a luchar por la democracia burguesa, pero también demostraron que no estaban dispuestos a levantarse en armas para establecer la dictadura proletaria. Los trescientos espartanos no podían ser más abnegados que el puñado de simpatizantes comunistas de Hamburgo. Allí había diez mil obreros en huelga. Durante las jornadas de lucha, muchos miles estaban imbuidos del espíritu de lucha y de simpatía, así se nos asegura, pero mantuvieron las manos en los bolsillos de sus pantalones. En Berlín “las fábricas ardían de entusiasmo” por la lucha de Hamburgo, pero ni una sola fábrica salió a la calle para demostrar su simpatía. Tampoco se justifican los lloriqueos de que la “retirada de octubre” es la responsable del “momento oportuno” para el levantamiento armado, lo que aplazó indefinidamente la revolución. La victoria de la revolución no depende de un momento “adecuado” favorable, y ciertamente no de un solo momento⁵. En julio de 1917, los bolcheviques y los obreros petersburgueses sufrieron una aplastante derrota a manos de la “democracia pura”. En noviembre, la revolución proletaria triunfó.

Camaradas, no creo que sea necesario gastar muchas palabras sobre la culpa que se atribuye a los socialdemócratas de derecha, así como de izquierda, por nuestra “retirada de octubre”, que fue una derrota del proletariado alemán. Todos estamos de acuerdo en este punto, al igual que estamos de acuerdo en que esto es sólo una parte de la enorme culpa histórica que se atribuye a ese partido. También estamos de acuerdo en las deducciones políticas y prácticas que podemos extraer de este hecho. Hoy en día, muchos dirigentes socialdemócratas ni siquiera pertenecen al ala izquierda de la democracia burguesa. Su posición está mucho más a la derecha que la de muchos demócratas burgueses honestos y firmes. Los rebeldes de “izquierda” de los aspirantes a dirigentes socialdemócratas perpetúan el papel de los antiguos dirigentes del USP (Partido Socialista Independiente). Su acompañamiento de la política burguesa de la derecha es la vieja música socialdemócrata de frases vacías. Por el momento, vuelven a ser los siervos obedientes del comité directivo del partido, y de la mayoría del Reichstag, porque la desagradable presión de las botas con clavos de los obreros sobre la parte de su anatomía que no se menciona en la sociedad educada se ha relajado un poco. Como resultado de los “acontecimientos de octubre”, una parte de los trabajadores socialdemócratas de izquierda se encuentra ciertamente en nuestras filas. Otro sector se ha dejado adormecer una vez más por los dulces tonos de los dirigentes. La “retirada de octubre” ha convencido sin duda incluso a los comunistas más optimistas de que el requisito previo necesario para el derrocamiento de la dominación de clase burguesa y para el establecimiento de la

⁴ En la versión inglesa de la que traducimos, “pardonable”, ‘perdonable’, ‘excusable’.

⁵ El lector puede ver en nuestro sello hermano [Edicions Internacionals Sedov](#), en su serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#), por ejemplo: “¿Es posible fijar un horario preciso para una revolución o una contrarrevolución?”

dictadura proletaria es: el destronamiento de la socialdemocracia, de la astuta fuerza de defensa política de la burguesía dentro de la propia clase obrera.

Camaradas, el Partido Comunista De Alemania no sería digno de su nombre si se contentara con esta lección evidente de la “retirada de octubre”, que por cierto no es en absoluto un nuevo saber, sino sólo la confirmación de una vieja verdad. La depresión, es más, la desesperación, que se apoderó del partido dio lugar a la creencia de que sólo había una manera de salir de la derrota: una retirada ordenada con un mínimo de bajas y preparativos enérgicos para una nueva lucha. El requisito previo inevitable para ello era un examen objetivo, tranquilo y sereno de la situación y una crítica abierta, despiadada e implacable de las deficiencias y debilidades del partido que hacían inevitable la retirada.

Este objetivo no podía alcanzarse simplemente con las conferencias del comité central celebradas a principios de noviembre y con las tesis que éste adoptó. Tenían que servir a las necesidades del momento: una retirada ordenada y no demasiado prolongada y el mantenimiento de la unidad y la preparación del partido para un nuevo avance. Con el enemigo pisándole los talones, las reuniones no podían permitirse una crítica profunda del partido, sobre todo porque ni éste mismo, ni los dirigentes ni las bases, podía explicar las causas y las consecuencias. Apenas empezaba a ver la situación con claridad. Sólo la “oposición de izquierda” tuvo la suerte de tener una visión clara de estos acontecimientos. Con un rígido dogmatismo estaba preparada con su explicación para las deficiencias del partido: la táctica del frente unido. Así, las tesis debían limitarse sólo a lo más necesario. Marcaban el campo de las luchas venideras, indicaban el fermento y el choque de intereses en el campo de la burguesía, que debíamos aprovechar al máximo, y se pronunciaban por el frente único desde abajo, en fuerte oposición a la izquierda, así como a los socialdemócratas de derecha. No hay que dar demasiada importancia a la muy polémica frase sobre “la victoria del fascismo sobre la república de noviembre”, ni tampoco atribuirle una “tendencia oportunista”. Ciertamente, no es del todo acertada, pues hay varias formas de fascismo. Pero en la situación que entonces prevalecía tenía un significado político. Podía utilizarse en nuestra agitación para disipar las ilusiones pequeñoburguesas sobre el fascismo.

Las Tesis del Comité Central ayudaron al partido a comprender el significado de la “retirada de octubre”. Las diversas tesis del número especial de la *Internacional* y las numerosas y acaloradas discusiones en las organizaciones del partido lo hicieron comprender aún con más fuerza. El esfuerzo por comprender que las lecciones del pasado deben servir como indicadores de lo que debe ser en el futuro fue desviado por la “izquierda” hacia el terreno de la lucha fraccional. La lucha de fracciones ha oscurecido la cuestión. El partido aún no ha superado el proceso de llegar a una conclusión clara y definitiva sobre los “acontecimientos de octubre”. Soy de la opinión de que incluso las tesis del ejecutivo de nuestra internacional no están suficientemente definidas sobre esta cuestión. Camaradas, una de las principales tareas del congreso del partido y, por lo tanto, una de vuestras principales tareas, será la de exponer, al margen de cualquier tendencia, de forma clara y bien definida, los rasgos más importantes de la situación que condujo a la retirada de octubre, así como las lecciones que deben extraerse de ella. La conclusión de la discusión del partido sobre esta cuestión debe liberar todas las fuerzas del partido para las grandes tareas históricas que tiene ante sí. En relación con esto, no debéis olvidar ni por un momento que la cuestión de los “acontecimientos de octubre” no sólo concierne a los comunistas alemanes, sino también a todos los comunistas adheridos a la Internacional Comunista. La situación actual en Alemania muestra claramente qué tipo de trabajo y actividades harán que el partido se fortalezca y active. Actualmente, el sistema económico burgués y el estado burgués se están desintegrando, a pesar de los intentos esporádicos de estabilizar las finanzas del Reich y de consolidar el orden social

capitalista. Creo que incluso los créditos extranjeros a gran escala serán incapaces de lograr una mejora completa y permanente de las condiciones en Alemania. Me parece que las cosas sólo se mantendrán mediante una explotación y esclavización aún mayores del proletariado y mediante la expropiación completa de sectores cada vez mayores de la pequeña y mediana burguesía, así como del pequeño y mediano campesinado. Objetivamente, la situación en Alemania es tan revolucionaria como lo era antes.

Pero hay que admitir que, sobre esta base desintegrada y tambaleante, la burguesía alemana ha logrado consolidar su poder económico y político. El proletariado se ha visto obligado a retroceder más allá de las posiciones que había conquistado durante las últimas décadas. Por supuesto, esto se debe en gran medida a la actitud traidora de los socialdemócratas y los burócratas sindicales. El desarrollo ulterior y, sobre todo, el ritmo de la revolución, dependen en gran medida de que logremos o no superar la discrepancia entre las fuerzas objetivas de la historia de la humanidad, que impulsan hacia la revolución, y la débil voluntad de revolución del proletariado alemán. ¿Se someterá el proletariado a una mayor explotación y opresión sin presentar una lucha que debe culminar en un levantamiento armado y en la instauración de la dictadura proletaria? Este es el fatídico interrogante que nos enfrenta más que nunca. Hemos aprendido por amarga experiencia que un proletariado de más de veinte millones de personas, cuya confianza en sí mismo y cuyo espíritu y determinación revolucionarios se han visto debilitados por cincuenta años de teoría y práctica reformistas, y cuyas tradiciones son proverbialmente “pacíficas”, no puede ser movido fácilmente a adoptar una actitud revolucionaria.

Es cierto que la política de hambre de los grandes magnates industriales de los junkers ha despertado de su fatal apatía a las masas proletarias e, incluso, a la pequeña burguesía y al pequeño campesinado. A largo plazo, la angustia y la miseria hablan más elocuentemente que las porras y las Browning de la policía especial y los fusiles del Reichswehr. En todo el país y en todo el sistema económico, los obreros explotados manual e intelectualmente se rebelan mediante una serie de pequeñas y grandes huelgas contra la dominación capitalista, contra la prolongación de la jornada laboral, la reducción de los salarios, etc. Las heroicas luchas de los obreros metalúrgicos renanos por la jornada de 8 horas, la poderosa lucha de los obreros de la industria química, los estibadores, etc., todas son signos prometedores. Pero estas luchas parciales tienen un carácter preeminentemente económico y no deben hacernos perder de vista otros hechos. La inmensa mayoría del proletariado alemán, o bien sigue bajo el hechizo de viejas y arraigadas ilusiones y también de otras nuevas (gobierno laborista en Gran Bretaña, estabilización del marco, etc.), o bien mantiene una actitud de aborrecimiento pasivo hacia la revolución. Además, desilusionados por la persistente y vergonzosa traición de los socialdemócratas, intimidados por la derrota comunista, muchos proletarios activos se han pasado al fascismo, la esperanza de la pequeña burguesía.

Camaradas, para poder llevar a grandes masas de obreros a las luchas revolucionarias decisivas, el partido comunista debe despertar y reforzar la confianza de las masas en su propio poder, pues el reformismo ha adormecido y paralizado sistemáticamente la confianza del proletariado en sí mismo. Al mismo tiempo, debe ganar y reforzar su confianza en el partido comunista. El partido debe ganarse el reconocimiento y la aceptación como el único líder legítimo de los explotados y esclavizados, como el único representante verdadero y decidido de los intereses de la clase obrera. No se puede separar la autoconfianza proletaria de la confianza proletaria en el partido comunista. No hace falta decir que ambas se han visto gravemente perjudicadas por la “retirada de octubre”. La preciosa posesión que se ha perdido no sólo debe ser recuperada, sino aumentada. No basta con las palabras, se necesitan hechos.

Con este objetivo, nuestro partido debe identificarse muy íntimamente con las luchas parciales de la clase obrera. Debe ampliar y coordinar estas luchas y profundizarlas. Debe darles un sentido político y una dirección, y debe practicar el arte de la maniobra para poder terminar cualquier lucha parcial antes de que sea derrotada. Las reivindicaciones y la lucha de cada día deben servir al mismo tiempo de entrenamiento revolucionario para las masas. El partido debe inculcar a las masas nuestras grandes consignas revolucionarias, para difundirlas rápidamente por todo el país y convertirlas en un futuro muy próximo en objetivo de la lucha proletaria. El partido comunista debe enseñar a los esclavos asalariados de la burguesía, que están abandonando su apatía, que estas luchas parciales los llevarán a algo más grande que tendrá resultados tangibles. Debemos inculcar a los trabajadores el conocimiento de que el capitalismo es su archienemigo, la necesidad de la solidaridad de clase y el conocimiento orgulloso de que pueden luchar, ya que esto es un prerequisite indispensable de las futuras victorias. No debemos olvidar que las derrotas enseñarán a los obreros que habríamos salido victoriosos si los dirigentes socialdemócratas y sindicales no nos hubieran dejado vergonzosamente en la estacada y no nos hubieran entregado a nuestros amos y verdugos capitalistas. Esta es la gran ventaja política de las luchas parciales, que conducen al establecimiento del frente único “desde abajo”. La lección objetiva que más puede restablecer la confianza en sí mismos en las filas de los timoratos obreros alemanes, y educarlos en el espíritu revolucionario, es la revolución rusa, que fue obra de las masas bajo la dirección de un partido revolucionario de clase proletaria. Las inigualables virtudes revolucionarias de estas masas y del partido son una prueba de la fuerza de un proletariado unido, y son un incentivo para que los obreros de Alemania se pongan en marcha para hacer lo mismo.

Camaradas, es por supuesto natural, así como ventajoso para nuestro partido, mostrar en las luchas parciales ocasionales su solidaridad con aquellos a quienes la miseria extrema lleva a la rebelión contra la dominación económica y política de la burguesía. Pero esto no es suficiente. Nuestro partido debe (para usar la jerga burguesa) “incitar” a las masas a iniciar con conciencia de clase las luchas parciales y realizarlas de forma sistemática. Debe capacitarse para su misión (representar los intereses de los oprimidos y explotados) mediante un programa de acción que debe mostrar un conocimiento íntimo de las necesidades y reivindicaciones de sus representados, y una capacidad para encontrar los medios adecuados para mitigarlas. Este programa no debe limitarse a las reivindicaciones específicamente proletarias. Debe ocuparse de las reivindicaciones de todos los sectores de la sociedad cuyos intereses chocan con los intereses y la dominación de clase del gran capital.

Debe sacar conclusiones prácticas de una investigación exhaustiva y completa de la llamada cuestión de la clase media (incluyendo la cuestión de los funcionarios e intelectuales, así como la cuestión agraria). Estas conclusiones tienen una doble importancia ya que durante la lucha revolucionaria debemos convertir a estos sectores de la sociedad, ahora hostiles, en aliados o, al menos, en benevolentes neutrales, que después de la victoria, bajo la dictadura del proletariado, demostrarán ser ayudantes voluntarios en la labor de reconstrucción, en lugar de saboteadores descontentos. Todas las reivindicaciones económicas y sociales del tan necesario programa de acción deben dirigirse a la expropiación económica y social de la burguesía, y todas las reivindicaciones políticas a privarla de su actual poder político. Debemos afirmar clara y enfáticamente que los cambios que exigimos no son reformas destinadas a apuntalar el orden social burgués, sino medios para mantener y aumentar la aptitud de los obreros para el derrocamiento del actual orden social.

Nuestro congreso tiene ante sí la gran e importante tarea de elaborar un programa que establezca líneas definidas y uniformes para la política y la acción del partido. Esto significa que debe ofrecer una dirección lógica y firme a las masas en la lucha por el pan de cada día, contra la esclavización del proletariado, por dignos salarios, por el derecho de huelga de los funcionarios, por el derecho al trabajo y al desarrollo cultural de los intelectuales, así como en la lucha histórica por la dictadura del proletariado. Nuestro programa de acción no debe quedarse en un mero programa en el papel. Sus reivindicaciones deben convertirse en objetivos de lucha. Esto significa simplemente que el partido debe adquirir la fuerza y la capacidad suficientes para dirigir a las masas. Camaradas, con toda sinceridad, ¿cómo se encuentra el partido al respecto? La respuesta es prometedora. La “retirada de octubre” ha reforzado el espíritu radical entre las masas del partido: esto se debe en parte a que las masas no comunistas se han vuelto más radicales. Pero esto por sí mismo no es suficiente, este nuevo temperamento radical debe estar impregnado del espíritu del comunismo. Sin embargo, este factor decisivo aún no ha cobrado importancia dentro del partido.

No cabe duda de que las masas del partido desean una mayor actividad partidista, que se dé más importancia al carácter y rasgos comunistas del partido. Este espíritu debe ser alentado y apoyado entre las masas del partido. Pero es precisamente esta tarea la que debe hacernos conscientes de las condiciones del partido, tanto en las cúspides como en las bases. Las masas radicalizadas del partido están, en gran medida, bajo el influjo de sentimientos y estados de ánimo revolucionarios. Tienen una formación deficiente y les falta claridad de ideas y firmeza. La mayoría de “izquierda” del partido incluye, de manera verdaderamente fraternal, a los KAP (Partido Obrero Comunista), a los sindicalistas, a los antiparlamentarios y (*horrible dictum*) incluso a los reformistas, y últimamente a los antisemitas fascistas. Hasta ahora los portavoces de la “izquierda” no eran en realidad dirigentes políticos. Es cierto que expresaban los estados de ánimo y las ideas de sus seguidores, pero eran incapaces de aglutinarlos y conducirlos hacia adelante bajo una consigna bien definida, lógica y completa. Se dejan empujar en lugar de liderarse a sí mismos. No hay nada que demuestre que actuarían de forma diferente como líderes del partido. Por descontado que hay espléndidos elementos proletarios entre los estratos superiores de la “izquierda” que comprenden la situación y aprenderán a dirigir. Pero, igual que llevar una capucha no le convierte a uno en monje, asumir un cargo no le confiere de inmediato la formación moral, la claridad, la firmeza y la experiencia práctica necesarias.

Por supuesto; siendo una mezcla compuesta, el órgano de dirección que es resultado de la “radicalización” del partido, comprende también el “centro izquierda” del antiguo comité central. Debía regular y entrenar el novato afán revolucionario en los estratos superiores e inferiores del partido mediante la firmeza comunista. Hay un obstáculo fatal en el camino del cumplimiento de esta tarea. Este obstáculo es la debilidad de los hombres más destacados del “centro izquierda” y su falta de principios firmes. Si los dirigentes de “izquierda” se dejan empujar por las masas de “izquierda”, estos “centristas de izquierda” se dejan llevar por los dirigentes de “izquierda” y las masas. Su liderazgo político no es más que una mansa y contrita autoacusación de no haber ido lo suficientemente lejos hacia la “izquierda” y de “aceptación de cualquier castigo” por haber permitido que el malvado compañero Brandler convirtiera su “izquierdismo” en “derechismo”. “Sin querer, se burlan de sí mismos”.

¿Y cuál es el resultado? Camaradas, sólo pensarlo es enloquecedor. Desde los “acontecimientos de octubre”, toda la fuerza del partido se está desperdiciando en peleas entre facciones, en lugar de ser utilizada e incrementada en la lucha con los archienemigos del proletariado. Nunca antes, ni siquiera después de la estrepitosa derrota de la acción de

marzo, había reinado un caos semejante en el partido, y el partido nunca se había mostrado antes tan pasivo. Las manifestaciones contra la prohibición de nuestro partido fueron decepcionantes. No hubo una lucha decidida a gran escala contra la dictadura de Seeckt, ni una gran campaña por la defensa de la jornada de ocho horas, por mayores salarios y sueldos, por la conservación del derecho de huelga y por el derecho a tener consejos de fábrica. Las reuniones en memoria de Lenin fueron un completo fiasco. La ruptura del partido permitió a los dirigentes socialdemócratas desfilar como los robustos defensores del proletariado contra las condiciones humillantes, de las que, de hecho, son responsables. La posición ilegal del partido comunista no es una excusa para su pasividad. Al contrario, es una razón más para culparlo. En lugar de actuar, se ha fomentado artificialmente la campaña contra “Brandler y compañía”, una epidemia de expulsiones contra “sospechosos” y una caza de “tendencias de derecha”. Por muy duro que sea tener que luchar contra las tendencias oportunistas dentro del partido, debemos admitir que lo que está ocurriendo ahora bajo el pretexto de esa lucha es malsano y desmoralizador.

Camaradas, permítanme expresar mi sincera opinión personal sobre este asunto. Mi respeto hacia ustedes, mi solidaridad con ustedes y mi deber partidista me obligan a ser bastante franca con ustedes. Cuando, siguiendo la última moda, se me tilda de “oportunista”, o lo que está aún más de moda, de “socialdemócrata”, sólo siento ganas de reír. Sé que el trabajo de mi vida y no el veredicto de una estrechez de miras fraccional es la prueba de mi carácter político. No sé por qué pecados de comisión u omisión he de ser asociada con Brandler. Confieso que he cometido el delito de no considerar a todos los líderes de la “izquierda” como un dechado de conocimientos teóricos y de claridad, y de no considerar a todos los miembros del “centro izquierda” como un modelo de hombría heroica. Y hago esta confesión, si no ante el trono de la realeza, sí ante los truenos y relámpagos de los olímpicos comunistas: Maslow, Scholem y Ruth Fischer. Considero que es mi deber hacer esta declaración a pesar de la fiebre contra todas las tendencias, que actualmente causa estragos en el partido. No apreciaría en absoluto que, por mis largos servicios en el movimiento obrero, me amnistiara un partido en cuyos órganos dirigentes no tienen cabida hombres como Brandler, Thalheimer, Walcher y Pieck, que fundaron el partido en circunstancias muy difíciles bajo el fuego del enemigo, que fueron siempre luchadores fieles y dignos de confianza por el comunismo y por la revolución, que es el camino hacia el comunismo, y que, desde el principio, portaron la hoz y el martillo, la bandera de la Internacional Comunista ante el proletariado alemán. Yo, junto con ellos, permaneceré en las filas de nuestro partido como un “soldado de la revolución” que honra la disciplina nacional e internacional y que lucha y trabaja con el partido y con la Internacional Comunista por una rápida victoria de la revolución social.

Nos corresponde, más que nunca, estar inseparablemente unidos al partido y a la Internacional Comunista. A través de un intercambio abierto y honesto de opiniones, que elimine todas las luchas fraccionales disgregadoras, todos haremos lo posible para ayudar al partido a superar su “enfermedad infantil”. Si se permitiera que estas enfermedades se desarrollaran sin obstáculos, el partido quedaría reducido a la condición de secta. Ya he hablado de una de estas “enfermedades infantiles”. Por desgracia, no es la única de este tipo. En el desarrollo histórico que los dirigentes de la “izquierda” anticipan para Alemania podemos ver claramente su defecto hereditario: esa actitud rígida y dogmática que les hizo ver la inminencia de la revolución antes de los “acontecimientos de octubre”, y que les hace suponer ahora que la revolución está más lejos que nunca. El camarada Maslow profetiza un período de estancamiento de diez a quince años. Pero, ¿no contiene el sistema económico capitalista y el estado burgués fuertes fuerzas explosivas revolucionarias, además del estancamiento?, y ¿no hay muchas oportunidades para estas fuerzas explosivas en la voluntad revolucionaria de las masas? Admitiré que la situación

es tal que tendremos que esperar algún tiempo antes de que la revolución pueda decir: “¡Soy! A pesar de todo”. Los cimientos del mundo capitalista están tan profundamente sacudidos que la revolución puede llegar inesperadamente “como un ladrón en la noche”.

Esta situación exige la máxima elasticidad de la táctica. El Partido Comunista De Alemania debe estar preparado para avanzar con firmeza, así como para resistir con obstinación y maniobrar con cautela. La característica principal de su táctica debe ser una combinación de audacia y precaución. Pero ya sea que nuestra táctica se adapte a un advenimiento temprano o tardío de la revolución, el éxito de nuestra cautela y audacia depende del desarrollo del partido comunista en un partido de masas, en un partido revolucionario de clase dirigente del proletariado. Como la conquista del poder por el proletariado y la instauración de su dictadura siguen siendo nuestros objetivos históricos, la conquista de la mayoría de la clase obrera para la dictadura proletaria y la revolución proletaria debe ser nuestra principal preocupación.

Esto es imposible sin la táctica de frente único del partido y sin la participación del partido en las luchas parciales de la mayoría de la clase obrera por reivindicaciones parciales y consignas de transición. Mientras el camarada Maslow prevé un largo período de estancamiento, influyentes dirigentes de “izquierda” protestan, no sin justificación, contra los errores cometidos en la aplicación de la táctica de frente único, contra una estimación errónea de las reivindicaciones parciales y de las consignas de transición. Pero exigen “por principios” que se ponga fin a la táctica del frente único, a las reivindicaciones parciales y a las consignas de transición. ¿Creen de verdad que las consignas de “guerra civil” y “dictadura del proletariado” son suficientes para aglutinar a las masas y conducir las a la lucha revolucionaria? Soy lo suficientemente “antimarxiana” y “antibolchevique” como para pensar que esto es imposible.

Camaradas, no menos contradictoria e imprecisa es la actitud de los dirigentes de la “izquierda” ante las cuestiones del sindicalismo y la organización. Especialmente en relación con la cuestión sindical es evidente que estos dirigentes se dejan guiar por los vagos estados de ánimo de las masas, en lugar de guiar a estas masas por el camino correcto. La cuestión sindical puede convertirse en una cuestión de vida o muerte para nuestro partido. Es una cuestión política y no organizativa. Al partido le interesa que los sindicatos sigan siendo accesibles para él como terreno de reclutamiento y concentración de trabajadores no comunistas para las luchas revolucionarias bajo la dirección comunista. Pero los dirigentes de la “izquierda” hablan, escriben y actúan como si hubiera llegado el momento de la consigna “¡fuera de los sindicatos!” Y esto, en un período de máxima depresión económica y desidia organizativa, cuando los obstáculos materiales y financieros se interponen en el trabajo organizativo y cuando hay razones políticas para hacer un uso sistemático de los sindicatos que se han mantenido al margen de las escisiones. Sólo tengo que recordaros la necesidad de desarrollar el movimiento de los consejos de fábrica y la actitud del partido respecto a la organización de los núcleos de fábrica.

Camaradas, os llamo la atención sobre el hecho de que los dirigentes de “izquierda” se dirigen a las masas con el grito de guerra “¡Abajo la táctica del frente único! ¡Con las reivindicaciones parciales y con las consignas transitorias: organizad núcleos de fábrica! ¡Fuera de los sindicatos!” todo lo cual es contrario a la actitud de la Internacional Comunista y tiende a romper la disciplina de ésta. ¿No es esto una retractación de las decisiones del ejecutivo de nuestra organización mundial, de las decisiones que ayudaron a tomar y con las que estaban de acuerdo? Y esto mientras juran fidelidad a la política de Lenin que exige el desarrollo de los partidos comunistas en partidos de masas y la conquista de la mayoría de la clase obrera mediante la táctica del frente único, que esta política consideraba una de las armas más fuertes en la lucha por la

